

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 15 de Junio de 1899

Núm. 447



Me encocora esta postura
en que ahora me pueden ver.

¡Mire usted que á fin de siglo
ensayar el minuél ..



Crónica

El ilustre novelista Pérez Galdós ha dado á la estampa un nuevo tomo de la segunda serie de Episodios Nacionales. Del libro se hablará oportunamente; hay muchas bellezas que estudiar, antes de señalarlas, en «La Campaña del Maestrazgo», libro que no necesita como todos los del maestro, del señuelo del elogio para alcanzar el triunfo.

Como las crónicas de este periódico tienen carácter

distinto al que de uso y costumbre se imprimió en la prensa á tales secciones, más en armonía con el arte moderno, dejamos la palabra á Galdós para dar á nuestros lectores *una impresión* de la novela, transcribiendo el discurso que sigue, de sencilla y notable dicción y que puede aplicarse (con referirse á acontecimientos pasados) al estado actual de nuestros hombres y de nuestras cosas.

Basta de palique y recójanse y saboreen el fragmento.

* * *

Negóse á ello don Beltran, y estuvieron departiendo hasta la madrugada. Viendo cercana la hora, llamó el reo á los oficiales del piquete para despedirse de ellos. Formando rueda en torno á la mesa, oyeron esta manifestación tan sencilla como substanciosa:

«Amigos, les agradezco la simpatía y delicadeza que en esta ocasión me han manifestado. Son ustedes caballeros, yo también lo soy. Como tal quiero morir; como tales se conducirán ustedes en el trance final, acabando mi vida con rapidez y sin martirizarme inútilmente. Yo les perdono de todo corazón. Y si me es permitido por el fuero de ancianidad dirigirles algunos consejos, allá voy; y esto que ahora les diga, sea para ustedes de autoridad, como expresión postrera del pensamiento de un moribundo. Condenado sin culpa, no diré palabra injuriosa ni vengativa contra el bando político que me arranca la vida, ni contra vuestro ejército... Todas esas cosas quedan para mí en un término lejano. Sin vituperar esta causa ni la otra, sin enaltecer á ninguna de las dos, os digo que no derraméis más sangre de españoles. Guardad esta sangre para mejores y más altas empresas. No defendáis con tesón tan extraordinario derechos de príncipes o princesas, pues voy entendiendo yo que tanto valen unos como otros, y que cuando la cuestión se dilucide y haya un vencedor definitivo, habréis desgarrado á vuestra patria, que es la legítima poseedora de todos los derechos. Mientras ponéis en claro, á tiros, cual es el verdadero dueño de la corona, negáis a la nación su derecho á la vida, porque le estáis matando todos sus hijos y le destruis sus ciudades y le arrasáis sus campos. Será muy triste que cuando de vuestras querellas salgan triunfantes un trono y un altar, no tengáis suelo firme en que ponerlos. ¿Para qué queréis altar y trono si luego han de cojear como esos muebles á que falta una pata? Allanad y afirmad el suelo ante todo, y esto lo haréis con las artes de la paz, no con guerras y trapisondas. Haced un país donde haya todo lo contrario de lo que unos y otros, á quienes no sé si llamar guerreros ó bandidos, representáis; haced un país donde sea verdad la justicia, donde sea efectiva la propiedad, eficaz el mérito, fecundo el trabajo, y dejados de quitar y poner tronos... Lo que va á resultar es que, cualquiera que sea el resultado, estais fabricando una nación de bandolerismo, que en mucho tiempo, gane quien ganare, ha de seguir siendo bandolera; es decir, que tendrá por leyes la violencia, la injusticia, el favor, la holgazanería, el pillaje y la desvergüenza. En un pueblo á que dais tal educación, cualquier trono que pongais será un trono figurado, de cuatro tablas fragiles y cuatro mal pintados lienzos.

»Quizás vosotros, llenos de vida y de ilusiones, no veáis esto como lo veo yo, viejo y moribundo. Creéis que toda la vida vais á estar guerreando, con miras de gloria y ascensos: creéis que España ha de ser patrimonio y casa de guerreros, los cuales en la paz tendrían que ser empleados. ¿Empleados de qué? ¿Guerreros para qué? Sois muchos á comer rancho; sois muchos a vivir de distinciones, de cintajos y signos categóricos. Y yo os pregunto; ¿quién trabaja? ¿De dónde sale el rancho, el sueido, la ropita con galones? Esto es absurdo; estáis matando el país y haciendo de él un magnífico cementerio poblado por maniquis,

que ostentarán su presunción paseándose entre las sepulturas... Y ahora, puesto que me ois con tanta atención, me permitiré daros consejos de otro orden. No es tan grande autoridad el virtuoso que nunca ha pecado como el pecador que reconoce, aunque tarde, sus yerros. Y puesto que conocéis mi vida, os incito á no imitarme en la parte corrompida de ella. No seáis pródigos; adoptad con discreta medida las prácticas de los miserables, llevando cuenta y razón de lo que tenéis y que consumís, para que nunca os salga la necesidad más larga que su remedio, ni la sábana más corta que la pierna. Entre la sordidez y la excesiva largueza, preferid lo primero; que os hará antipáticos, pero no infelices. La generosidad practicada sin medida puede ser viciosa, porque muchas veces la dicta la presunción antes

que el verdadero espíritu de caridad... Y tocando, por fin, el punto más sensible, no me atrevo á deciros que no seáis enamorados, porque esto sería contravenir una gran ley de naturaleza; pero sí os recomiendo que lo seáis sin apartaros de las leyes eternas, y que evitéis toda empresa de amor en que veáis probable daño de tercero. Esto es muy malo, hijos míos, y os lo aseguro quien, por seguir la regla contraria, ha tocado en la experiencia sus perniciosos efectos. En todo caso, sed respetuosos y veraces con las mujeres. Es más conforme á naturaleza dejarles á ellas

el uso del engaño, arma con que compensan su debilidad, y tomar el hombre para sí el uso continuo de la lealtad, que es la fuerza; y los riesgos que de esto se ocasionen, cada cual los sortee como pueda, buscando siempre el bien. Que las alabéis y las obsequiéis con flores del ingenio, no es cosa mala, pues muchas con esto sólo quedan satisfechas, y vosotros nada perderéis en ello. Los que sean casados harán bien en guardar la fidelidad matrimonial, aunque les haya tocado un culebrón... Por eso, conviene mirarlo despacio y enterarse antes de contraer esos vínculos que duran toda la vida. Sostened siempre la paz dentro de la familia que os resulte del nacimiento y de las uniones, y si hay en ella caracteres ásperos, procurad haceros á sus asperezas para que los demás contemporicen con las vuestras, que de seguro las tendréis. Espinas sufrimos, espinas tenemos, y el que crea que no las tiene y se duela de que le pinchen, es tonto de remate. Y ya no me queda que deciros sinó

que seáis trabajadores, que os procuréis un modo de vivir independiente del Estado, ya en la labranza de tanta tierra inculta, ya en cualquiera ocupación de artes liberales, oficios ó comercio, pues si así no lo hacéis y os dedicáis todos á *figurar*, no formaréis una nación, sinó una plaga, y acabaréis por tener que devoraros los unos á los otros en guerras y revoluciones sin fin... Sed cultos, bien educados, y emplead las buenas formas así en el lenguaje como en las acciones, que la grosería es causante de terribles males privados y públicos. La rudeza y los procederes ordinarios han sido aquí, bien lo veis, semilla de discordias entre los pueblos, y por esta falta de formas se hacen interminables las guerras, pues la grosería engendra el odio, y el odio nos lleva al salvajismo y á la bar-

barie... Y basta ya: no lloréis por mí, ni tengáis demasiada lástima de mi muerte, pues soy muy viejo y no sirvo ya para nada. A nadie soy útil, á nadie hago falta; mis días son de absoluta esterilidad; ya he vivido bastante, y al quitarme de en medio, casi casi no cometéis crueldad, pues no hacéis más que arrancar un tronco añoso y seco, que estorba el nacimiento de nuevos árboles... A todos ruego que me perdonen, y yo en los presentes perdono á cuantas personas de éste y el otro bando hayan podido causarme algún agravio... Entereza no me

falta, ya lo veis: confío en la Misericordia divina, á quien entrego mi alma, abominando de mis culpas, sin pedir un galardón que no merezco, y deseando sólo la indulgencia que Dios no niega al último pecador. Les ruego, además, que entierren mi cuerpo en lugar decoroso, designando mi sepultura con una cruz y alguna inscripción, pues mi familia pretenderá seguramente transportar estos tristes despojos al panteón de Cintruénigo... Por mí, los dejaría en cualquier parte; pero los Idiáquez no lo consentirán... Ea: ya he concluído, y perdonen que haya sido hablador prolijo en este trance. Acabemos pronto, y cumplan ustedes su deber, que es matarme, como yo cumplo el mío muriendo en paz con Dios y con los hombres.»

B. PÉREZ GALDÓS



Capricho.



Mis lunes

Habláronme de Salvador Albert: el nombre sonaba con ritmo nuevo; allá en la urdimbre cerebral se estuvo quietecita la memoria: fui pensando: será esto, lo otro, cuanto puede alcanzarse en todos los ramos de la industria humana, de la riqueza, de la suerte, del valimiento, de los honores: comerciante, ingeniero, músico, diputado, presidente de comité, alcalde, gran cruz, cacique... y hasta inventor. Lo último fué imaginar que resultara poeta ó periodista, y esto va en abono suyo, pues la experiencia dolorosa me tiene enseñado que de cien presentaciones resultan en el *oficio* de escribir ciento y la madre: todos múltiples: fabricante de loza y de églogas; albañil y filósofo; zapatero y novelista; picador de toros y dramaturgo. Es verdad que también hay trovadores fusilables sin oficio ni beneficio ni otra profesión que la de vagos. Llega á tal extremo la malaventura mía en estas cosas, que cuando trabo relaciones con un desconocido, antes de que anuncien las cualidades que le adornan interrumpo: «ya sé, gacetillero, si no es más».

Bueno, pues el Albert de quien yo hablo no confirmaba la regla, y eso que la excepción parecía dudosa, porque ¡también tiene su drama escrito! Otra que tal; creo sinceramente que todos los ciudadanos resultan autores dramáticos, á poco que se les apure, si no dan en cómicos, convencidos de que es muy fácil *hacer reir*. ¡Y si fuera sólo el que siente que le sopla la musa como quien siente que le hacen cosquillas! Hay otros que *no saben leer* y dicen: «¡Si yo le contara! Podría darle tela para un centenar de argumentos. Lo que á mi me ocurre... ¡luego hablan del mentir de los libros!» Los más humildes salen con que no es lo mismo la idea que la traza. ¡Ah, la forma! Estos dramaturgos ideólogos, no hacen daño, aunque amuelan y aburren, sobre todo si relatan las escenas *dramatizables* de su vida en que á cualquier hora resultan héroes.

—¿Con que un drama? — contesté sonriendo á mi interlocutor.

* * *

Sí, un drama, Salvador Albert ha escrito un drama, y yo he oído la lectura de lo que bien puedo llamar su obra. Si he declarado que no conocía al autor, ¿qué importa añadir cómo me resigné á enterarme de sus méritos? Pero el palique que sostuve con él antes de la sesión me puso sobre aviso. Albert era discreto, galano, de amena y fina palabra... y hechura propia de la sencillez. Miréle en distintas ocasiones á hurtadillas, de reojo. Hablómeme de muchas cosas sin afectación, y sin adularme, que es lo que más le estimo, y sin que el picaro yo (ni el suyo ni el mío) figurase en el coloquio fuera de la natural y comedida relación que en todo trato con la cortesía tiene; habló de política, hasta del alcalde, del tiempo, de la vida en la capital y en el pueblo, y no habló de su drama, ni de sus aficiones, ni... de lo mucho, que, según vi poco después, sabía en materia de arte. Otro habría contado hasta el papel que reservaba al apuntador. ¡Y, sin embargo, con cuantos que se proclaman genios, figuras indiscutibles, no he podido sostener tan grata conversación! Albert es de los que no se sienten literatos y escritores aun cuando estén entre sábanas, de los que no dicen lo que saben, sinó que saben lo que no dicen, y descubren que algo les queda por allá dentro.

—Vaya, pensé, este señor habrá escrito bien su drama, pero tendremos en el drama una... novela más.

* * *

Novela ó novelería, con permiso de los académicos. Pasaré, como sobre ascuas, el punto teórico que á mi modo de ver las *cosas* del teatro conviene. Bastante tengo dicho en distintas ocasiones acerca de este particular, y claras son mis ideas: tiempo oportuno sobrará para que remache el clavo, que no ha ido recto aún al corazón de las muchedumbres. Son muchos los que escriben para el teatro una obra más, y gracias que resulte obra y no quede en *argumento*, con vistas que el autor tiene por transcendentales, y no dan sinó á la tramoya, á las bambalinas. Pero el *teatro* no es ya un juego ingenioso, en que prive el artificio de que se ufanaba el señor Villega, descargando contra los *naturalistas* el golpe de su erudición.

Salvador Albert no es *novelero*. Cuando abrió su drama, y nos explicó como disponía de



Un asalto sin consecuencias.

La Saeta

la escena, quedé gratamente sorprendido. No amueblaba la sala recurriendo á los cachivaches de guardarropía y ateniéndose á los bastidores y al telón de foro. Dijo: «hacia tal parte se ve tal punto, pero éste es pormenor fútil, que no importa». Sonrei. ¡Y cómo que importa! Da inmediata idea de que no va usted á ponernos cómicos que se agiten por recursos mecánicos, en guisa de polichinelas. Nos da usted la *casa*, toda la *casa*, con discreta prolongación á lo íntimo, que permite si no adivinar, presentir lo que ocultan las paredes; hay ambiente respirable en la habitación, y se nota desde luego que como allí hay *vida*, se nos ofrecen los seres humanos con todo el conflicto necesario al imperecedero drama de ser, de existir. No se trata de personajes que salen á escena, sinó del hombre que se produce naturalmente, como si estuviera en su hogar propio, prescindiendo del *último*, y hasta ahora inevitable convencionalismo: del telón de boca. En muchos dramas y comedias los personajes, son personajes, tan testigos como el público, de la representación. En la obra de que trato desaparece toda esta horrible farsa. Lo que ve el auditorio *está pasando*: es como cuando ocurre en la realidad, y conmoviéndonos el conflicto de tal ó cual familia, no parece sinó que nos confundimos con ella.

El drama de Salvador Albert no es *fábula*; se prescinde en él de toda ficción, y claro está que de lo que llaman recursos cuantos botarates hablan del pretendido *conocimiento escénico*: sin embargo, las figuras son claras, *transparentes*, y los hechos también y las palabras también, sujeto el conjunto á una lógica desesperante (esa lógica que está en el *Tiempo*, y que va renovando pausada y continua la experiencia), no en los libros del filósofo. Pero el que no salga el Hombre á contarnos una historia más ó menos lastimosa y sensible, sinó á vivir la *vida* con el soplo sutil que nos anima á todos, no supone que Albert haya combinado escenas prosaicas, vulgares y fastidiosas, que es lo que ciertos críticos, ó con sobra de ignorancia, ó con saña y mala intención arguyen contra el Arte nuevo. Llámolo así porque no hay *ismo* que lo distinga aún. Albert ha hecho lo que los químicos en su laboratorio: ha tomado los elementos necesarios para que sus criaturas no fuesen maniquis y luego les ha infundido el soplo vital: psicólogo notable, no ha despreciado el estudio del temperamento ni las condiciones del clima para producir la acción, y aun con todo eso, confiese en mi palabra honrada, su drama no ofrece la *novela* que dramas como el *Juan José*, por ejemplo; pero es... más *interesante*.

Por lo dicho se comprenderá que el Arte nuevo á que hago referencia no anula el realismo, sinó que lo amplía. Es lo que no supo ver Zola dirigiéndose á la juventud y doliéndose de la imprescindible transformación de las *épocas*: es la queja vana del Alvard Solness de Ibsen cerrando sus balcones á la luz. El naturalismo no fué más que un modo del realismo: la ciencia no muere ante la resurrección del ideal: extiende sus horizontes; los que vencieron á los románticos estrecharon el círculo trazando la circunferencia alrededor de las verdades positivas... y la circunferencia del Arte se pierde en lo infinito, porque su centro es Dios.

No es que resulte nada de esto en lo que conviene al drama de Albert; no va tan lejos; pero se halla ya cuando menos en uno de los radios; así, pues, no falta poesía, ni en la acción, ni en los determinantes de ella. ¡Qué! hasta en el lenguaje, que es catalán escogido. De dicho idioma (al modo como lo considera Clarín), hablé estudiando al poeta Guimerá, y no hay por qué reincida. Digo sólo que es difícil dar al diálogo la precisión y la belleza que pone Albert en los caracteres de su obra.

* * *

Obra que cuando se represente, y se representará, tendrán algunos por metida de hoz y de coz en el simbolismo; de hoz sí; pero la coz será del torpe que así juzgue. La obra no es sinó *nueva*, de las que presentan un caso nuevo dentro del realismo con tendencias al ideal. Símbolos hay en el drama de Albert, pero á la manera de Ibsen, y más claros que en éste quien se diferencia (no en sus estudios sociales ó políticos) de los Maeterlinck y otros mal llamados simbolistas. Los símbolos de Albert no lo son sinó en cuanto convienen á la representación de ideas, y claro está que los comprende todo el mundo. Tanto es así, que los diversos personajes hablan distintamente, según su condición. La diferencia social entre un médico humano y psicólogo y un labrador, entre una rústica que siente la humanidad y una señorita á quien han cegado las preocupaciones, está bien marcada.

No puedo hablar más palabras de las bellezas que hay en la obra de Albert, porque... es inédita. He roto aquí los *moldes* de la crítica, y aun he pasado por encima de todo respeto: quizás se incomode Albert conmigo; pero yo no soy egoísta y no quiero guardarme para mí un hallazgo que pertenece al público. Sé que Salvador Albert es perezoso, y culpe á eso el que yo no le conociera cuando me hablaron de él. Albert es joven, y como joven promesa de la verdadera y única regeneración de España: la que vendrá por la ciencia, por el estudio, por el Arte.

J. F. Luján.



Miss Mabel Love.

Cosas del tiempo

Cuéntase que cierto chulo desvergonzado (pleonasmamente se llama esta figura), preguntó á una hembra de esas cuya cara parece una lamentable serie de equivocaciones:

—¿Cómo se yama ozté, prenda?

—Rosa—contestó la interpelada, ruborizándose interinamente.

—Rosa ¿eh? — dijo el chulo con indignación. — Pues ¡mardita sea hasta la primavera!

El chascarrillo es casi tan viejo como la costumbre de no pagar al casero, la más antigua de todas las malas costumbres, sin duda alguna. Adán y Eva fueron los primeros inquilinos desahuciados por no pagar al alquiler, y eso que el magnánimo propietario sólo les exigía que dejaran en paz cierto árbol, cosa mucho más fácil que satisfacer trimestres en buena moneda y contribuir á la recomposición de la portera y al mantenimiento de la sogá del pozo ó vice-versa: con que ya ven ustedes si se pierde en la noche de los tiempos la tal costumbre

Pero no divaguemos. Viejo ó joven he recorda-

do el chascarrillo, porque ahora, con tanto motivo como el chulo en cuestión, y con menos grosería, se puede lanzar una exclamación semejante á la citada, bien que invirtiendo los términos.

Cualquier ciudadano de bien, en vista de que, si lleva traje de verano, rompe á estornudar veintitrés veces seguidas y tiene catarro para una semana, y si continúa con las prendas de invierno suda como si se le viniera encima el conde de las Almenas; si sale á la calle con paraguas, asoma las narices el rubicundo Febo y le pone en ridículo; si se deja en casa el incómodo armatoste, recibe una ó varias duchas gratuitas que se desprenden tranquilas del firmamento; en una palabra, que no sabe cómo arreglárselas para defenderse de las bruscas y desagradables variaciones de temperatura que nos disfrutan: cualquier ciudadano, digo, que tropezase con el señor de Tiempo, podría preguntarle:

—Diga usted, abuelo: ¿cómo se llama la estación en que nos encontramos?

—Primavera, — respondería el venerable anciano.

—Primavera ¿eh? Pues ¡malditas sean hasta las rosas!

Por supuesto, las rosas con r minúscula.

La verdad es que para creer que estamos en Junio precisa pasar por el Instituto ó la Universidad y ver los rostros cariacontecidos de los estudiantes calabaceados y las *faces* rebosantes de alegría de los que han obtenido buena nota.

Los individuos de la benemérita clase de suspensos no dejan de decir que con ellos se ha cometido la mayor de las injusticias.

—Ya ves, — exclama uno: — me han suspendido porque me preguntaron donde estaban los montes de Toledo, y yo contesté que seguramente estarían en los cafés de menos importancia de la población, porque en los principales habría ruleta.

—Pues á mí me ha valido el revolcón decir que el camino de Santiago estaba en Galicia.

—Y á mí afirmar que las guerras médicas fueron sostenidas entre alópatas y homeópatas.

—Creo que yo había contestado bien.

—Y yo.

—Y yo. Lo que hay es que nos han tomado ojeriza.

—Como á mí, — saltó un cuarto estudiante. — Uno de los examinadores me preguntó:

—¿Qué son golfos?

Y yo contesté en seguida:

—Unos pilletes sin oficio y con muy pocos beneficios.

¿Queréis creer que por poco no me tira el tintero el tal examinador?

Las víctimas desgraciadas de la injusticia de los tribunales de exámenes abundan que es un dolor; pero consolémonos con que pronto se remediará el mal, merced á las reformas que se ha sacado de la cabeza el ministro de Fomento.

Ha puesto como nuevo el bachillerato.

Seis años de latín y otros tantos de religión: tal es la base de las reformas número catorce mil de la tercera serie.

Yo soy católico, gracias á Dios: yo sé la importancia que tiene el latín como base de una sólida educación literaria.

Pero ¡córcholis! seis años de reli-



—¿Qué quieren ustedes que baile?

gión y otros tantos de idioma del Lacio, me parecen demasiados años.

Si no se trata, y no se puede tratar, de convertir en teólogos á todos los bachilleres, los elementos de la religión divididos en seis cursos han de resultar lo que ya resultaron hace algunos lustros cuando se intentó reforma parecida: una asignatura ridícula que, por lo extremadamente diluída, perdía toda la importancia que debe tener.

Y en cuanto al latín, bien está su elemental enseñanza en el bachillerato; pero el estudio serio, amplio, profundo de ese idioma tiene su sitio natural en la facultad de filosofía y letras.

Por todo lo cual y por otras muchas cosas que no tengo tiempo, espacio, ni ganas de decir, las últimas reformas de los estudios del bachillerato me parecen otra serie de equivocaciones tan lamentables como las del Tiempo.

Ni este respetable anciano, ni el marqués de Pidal (que ignoro si es anciano, pero que de seguro será respetable), deben haber tenido dinero este año para comprarse un Almanaque.

Así es, que, ni uno ni otro, se han enterado de la fecha en que vivimos.

BLAS QUITO

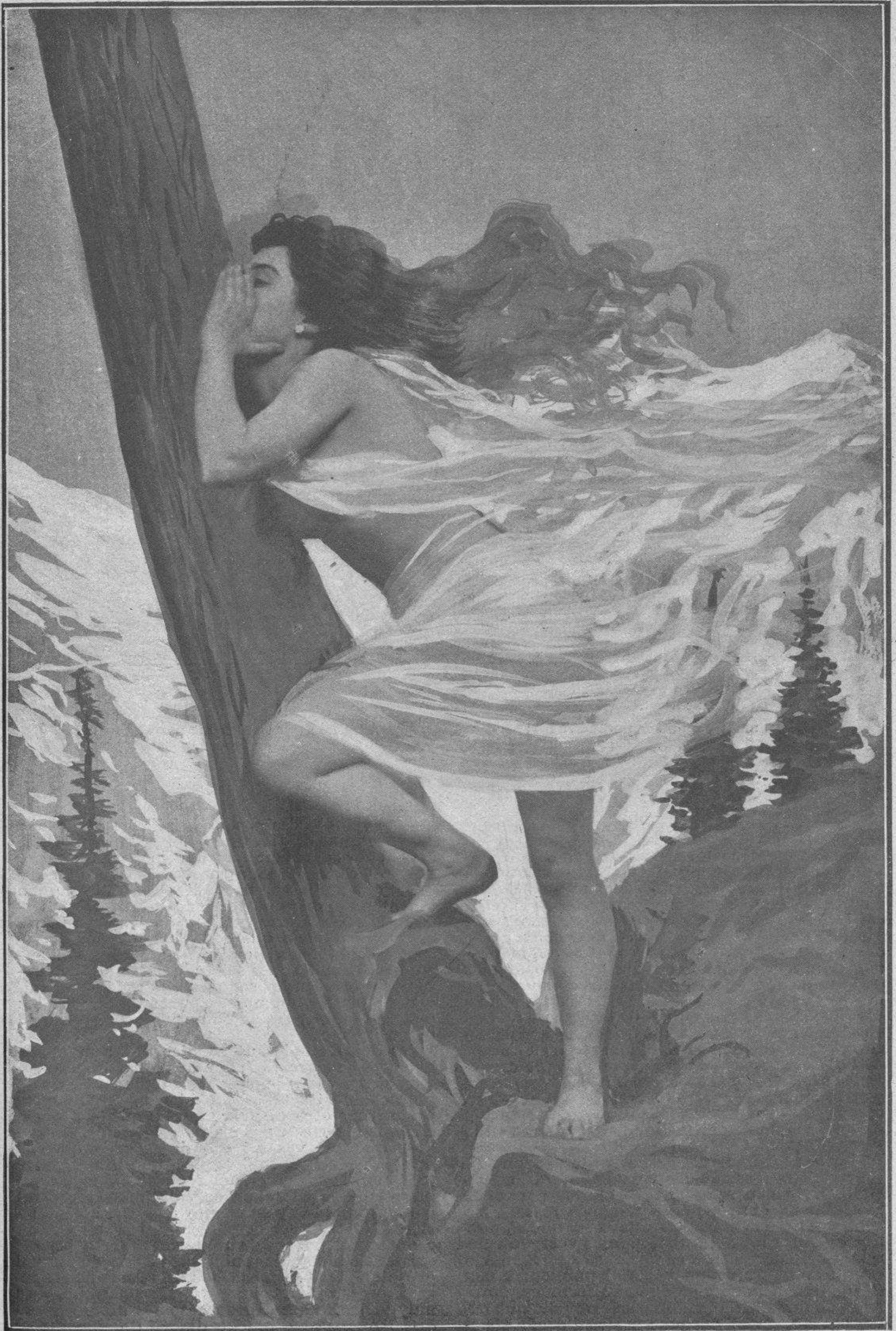


—¿ Desean ustedes algo ?

Reutlinger.



Primavera.



El eco.



—¿Y qué tal la excursión?

—Divinamente, á no ser porque Alberto que apenas monta no ha sabido seguirme por el bosque.

Un carácter

I

Don Catro era casto, tan casto como su nombre, y era además moralista, con la circunstancia agravante de que era moralista de buena fe, y con la otra no menos grave, de que toda su vida estaba en relación directa con sus obras científico-filosófico-morales, que decía él, muy convencido de que estas obras habían arrancado del mal camino á muchos hijos de familia, librando además de la tentación (sinónimo para él de hombre) á muchas y muy lindas señoritas. Cuando salía á la calle ¡cómo se trasparentaba la satisfacción en su semblante, creyendo que todos le señalaban con el dedo, diciéndose al oído: «ese es el autor de *Influencias psicológicas en la vida física; defectos orgánicos que obedecen á causas psíquicas, y otras muchas*». Y esto lo creía él de buena fe, como creía otra porción de cosas; era una ilusión más del bueno de don Casto, que no había vivido sinó entre ilusiones toda su vida.

El pagaba la impresión de sus libros á un editor y regalaba los beneficios á cualquiera obra caritativa. De manera que nada percibía para sí de la venta. La obra benéfica tampoco recibía un céntimo; pero el moralista estaba en que sí, porque el editor le aseguraba, cuantas veces le veía, que las ediciones de sus obras se agotaban tan pronto como eran anunciadas al público. Y don Casto vivía así una vida de satisfacciones, coronado de una gloria imaginaria (error del que nadie podía sacarle), porque nuestro filósofo, sistemáticamente fiel á sus principios, ni tenía ami-

gos, ni visitaba casinos, ni asistía á teatros, ni á suerte alguna de diversiones. Por la mañana escribía; por la tarde íbase á dar un paseíto; luego volvía á casa á leer un rato á Homero, el úni o poeta que podía tragar, ó á Kant, filósofo á quien no entendía, ó á Rousseau, su autor favorito. Después de cenar fumaba un habano—este del fumar era el único vicio que se le conocía—medio recostado sobre un viejo diván que le legaron sus antepasados; después se acostaba tranquilamente para dormirse en seguida con toda la serenidad del justo, y un momento más tarde roncaba; pues si el fumar era su único vicio, el roncar su único defecto.

Era don Casto lo que se dice vulgarmente de buenas carnes, cara redonda, mofletes sonrosados, ojos vivos y negros. Nada tenía su figura de reprochable. Había llegado á los cuarenta sin experimentar otro disgusto que el que le proporcionó la muerte de sus padres, sin vicios, sin salirse una sola vez del estrecho círculo que sus principios científico-filosófico-moralizadores le trazaban. Toda su persona rebosaba la más completa salud... ¡Claro! en su vida había tocado al fruto prohibido, y en cuanto á beber, sólo agua clara. No era rico; pero, como vivía con grande economía, su modesta renta le bastaba para la existencia y para dar publicidad á una obra anual de quinientas páginas. A los cuarenta años esperaba una rica herencia de una tía solterona, y ya muy vieja. No hacía gran caso del dinero. Es lo que él decía: «con mucho dinero difícilmente se puede ser honrado, porque el mucho dinero es

padre de la ociosidad y la ociosidad madre de todos los vicios.

Hay que advertir que don Casto no iba jamás á misa. Si algo aborreció en el mundo fué sin duda la clerecia. Decía él que un cura es un santo cuando cumple religiosamente todos los deberes y compromisos que adquiere al afeitarse la coronilla, y añadía á renglón seguido que el cura más virtuoso estaba lejos de la santidad. Decía también que los curas y la moral están reñidos; que es primero la moral que la religión; que una religión no es buena religión sinó está basada en la moral más rígida: y de ahí sacaba él la consecuencia de que las religiones positivas no son más que *modus-vivendi* para muchos descreídos. Dios—escribía él en sus *Influencias psicológicas en la vida física*.—Dios es la moral absoluta. Las religiones positivas no se ajustan poco ni mucho á la moral que predicán: luego las religiones positivas no son, no pueden ser buenas abogadas de Dios... y aquí se extendía en otras consideraciones del mismo género que venían á probar, por este método, que las religiones positivas no son tales religiones, sinó un oficio como cualquiera otro. A pesar de todo esto, el domingo se guardaba muy bien don Casto de trabajar, ó sea de escribir algunas cuartillas de moral, como todas las mañanas, después del chocolate. Aquel día lo dedicaba todo á sus prácticas morales.

Al cumplir los cuarenta años, la vida metódica y sistemática de don Casto había sufrido una pequeña variación, cuyas causas voy á explicar brevemente; ó más bien, cuya causa, porque no había más que una. Díjole un día la criada, — una vieja muy vieja, porque el moralista quería evitar á un tiempo mismo habladurías y tentaciones:

—¿Sabe el señor que se ha desocupado esta mañana el principal?

Don Casto no respondió. Estaba metido en cavilaciones hondas con motivo de un artículo que pensaba escribir sobre el amor patrio, en el cual creía don Casto á ojos cerrados como creía en otras muchas cosas por el estilo.

—¿Por qué no se muda el señor al principal?— insistió la criada.—Allí hay más luz, más espacio, más ventilación.

Don Casto levantó la cabeza y miró con severidad á la buena mujer.

—Señora Juliana—dijo, porque no apeaba nunca este tratamiento de doméstica á su criada:—Señora Juliana, nació en este entresuelo y en él moriré: otra cosa sería egoísmo. Antes que el interés particular, antes que las comodidades, es el amor patrio; y este cariño que siento por mi entresuelo, créalo usted, señora Juliana, no es más que un derivado del amor patrio...

Algunos días después, mientras el bueno de don Casto cenaba con todo el apetito de la inocencia, la señora Juliana, entrometida como todas las viejas y como todas las viejas habladora, dijo, al momento de servir á su amo un plato de merluza frita:

—¿No ha ido el señor á visitar á la del principal?

El moralista miró severamente á la vieja, sin comprender aquel galimatías. La señora Juliana lo explicó en pocas palabras. El principal estaba ya alquilado: habitábalo una señorita joven y guapa, sin familia, en compañía de una sirvienta.. Don Casto siguió comiéndose, mientras pensaba con dolor en que sus principios le obligaban á visitar á aquella señorita, joven y guapa, y á ofrecerle sus servicios...

—Señor, ¿por qué no se casa usted?

—Señora *doña* Juliana, respete usted los principios y no haga preguntas indiscretas.



— ¿A que doy al fin un batacazo?

— Si te agarras con tanta firmeza, no lo dudo.



Las ninfas del bosque.

Cuando don Casto interpolaba la *doña* entre señora y Juli na, no había réplica posible. Estaba en el colmo del enojo, y la señora Juliana, después de servir los postres á su amo, marchóse á cenar á la cocina.

Don Casto dió aquella noche dos vueltas en la cama antes de dormirse, lo cual le costó quince minutos, cosa desusada en él. Pensó diez de ellos en el matrimonio y cinco en su desconocida vecina. Antes de dormirse se prometió á sí mismo visitarla: era su obligación como vecino más antiguo en la casa.

Y al día siguiente, de regreso de su diario paseo, subió don Casto á visitar á la joven.

II

Que era hermosa con una hermosura de esas que los poetas llaman ideal y divina, de esas que, según añaden ellos, se hacen amar con el alma y no con los sentidos; y así tuvo que confesárselo don Casto, quien á tiempo de bajar la escalera, concluida la visita que resultó algo más larga de lo que él se había propuesto, decía para sus adentros:

—Verdaderamente, si hay alguna mujer en el mundo comparable á un ángel, por el alma y por el cuerpo, es Julia.

Y se repetía á sí mismo este nombre y este juicio, bien seguro de que no se equivocaba; porque otra de las manías de don Casto, como la de todos los talentos inocentes, era la de creerse un gran fisonomista, un profundo conocedor del corazón humano.

Aquella noche, por una alteración de la costumbre, don Casto tuvo un sueño, un hermoso sueño... Era joven, elegante, discreto. Estaba en un baile, y al resplandor de cien luces, que ardían en veinte arañas de cristal colgadas del cielo raso del salón, veía á Julia, tal como era, tal como él la había hablado en la realidad momentos antes, voluptuosa, sonrosada, esbelta; sin más di-

ferencia que el traje, algo escotado, blanco, de raso, muy ceñido sobre las inimitables formas de aquella Venus del siglo XIX: porque don Casto, aunque sólo idealmente, era entusiasta por la escultura. Después un vals... y la sentía palpitar entre sus brazos, ligera, voluptuosa, con la sonrisa en los labios... y don Casto gozaba y gozaba... siempre idealmente... Después un jardín iluminado por la luna; la semiobscuridad en los emparrados y las arboledas; el imprescindible banco agreste en el interior de una como gruta de ramaje. Y allí, en la soledad, iban á descansar.

El, don Casto, el moralista, no abandonaba la mano de Julia; muy al contrario, la estrechaba entre las suyas con un *deleite ideal*, porque los apetitos materiales, esos los repugnaba su naturaleza; y el efecto que el roce de su piel con la otra producía, ese iba recto al alma, al *ente sensitivo*, que decía él, no queriendo decir sensible, porque el cuerpo es sensible también, aunque de diferente modo. Allí, digo, estrechaba su mano y sentía sobre sus labios los cálidos soplos del aliento de Julia, y aquel aliento esparcía por sus venas un calor que le deleitaba, siempre de un modo *ideal*... Y aumentaba el calor, y don Casto iba sintiendo algo que hacía latir violentamente sus sienas, aunque seguía negándose á sí mismo que aquel deleite, que aquella voluptuosidad pudieran rebasar los límites del más puro idealismo. Después el pensamiento del moralista se oscurecía, temblábanle los labios; ya no estrechaba una mano, sinó una cintura...; sus dedos comenzaban á recorrer indiscretamente aquellas formas turgentes, esculturales; y ya iba á caer de lo ideal á lo real, cuando despertó bañada en sudor la frente y crispados los nervios. Aquello había sido un mal sueño, impropio de un moralista como él, que había pasado cuarenta años de su vida estudiando á la mujer... en los libros de filosofía moral.

Profundamente disgustado de sí mismo, el pobre don Casto, mientras comenzaba á vestirse re-

pasaba en su memoria todas las teorías que había leído sobre los sueños, á fin de dar una causa natural al suyo, extraño en él que jamás soñaba; y concluyó por confesarse en voz muy baja, mientras se abrochaba los pantalones, «que si alguna

mujer en el mundo era capaz de conmover su corazón, esta era Julia...»

—Es un alma virgen animando un cuerpo virgen, — se dijo; y sonrió, satisfecho de esta frase.

(Concluirá.)

MANUEL BIELSA



Mariposilla que vas
buscando ansiosa la llama,

huye de ella, que la luz
puede quemarte las alas.



Cañitas

I

No te forjes ilusiones,
si no la conoces bien:
¡que el aire mece las ramas
y es quien las troncha después!...

II

Envidia le tengo á Dios
que ha dispuesto de mi madre
sin poder privarlo yo.

III

Mi persona es cual la nave
que no tiene rumbo cierto,
con carga de desengaños,
pesares y sufrimientos ..

J. ENRIQUE DOTRES

Para ver la apoteosis.

Pequeñeces

Sí, señor; por más que quieran negarlo los pesimistas, estamos en camino de regeneración.

Las Cortes actuales serán energicas como jamás las hubo, y de su energía empiezan ya á dar patentes pruebas.

No bien se abrió el Congreso y ya andan á garrrotazo limpio los «padres de la patria». Los pasillos de la Cámara popular van á ser teatro destinado á la repartición de mojicones.

Hay diputado de esta hornada que no sabe decir más que sí ó nó, como Cristo nos enseña, y eso gracias á unos muelles que les han colocado en la cabeza para que puedan moverla á voluntad del jefe; pero estos mismos diputados ¡se traen un repertorio de palabras gordas!...

—¡Cunero!

—¡Yerno de Sagasta!

—¡Polaviejista!

Se oyen palos, horribles imprecaciones y corre alguna gota de sangre de los arañazos que se propinaron los contrincantes.

(En lugar de azucarillos y caramelos, lo que debieran llevar al Congreso sería árnica.)

Después de conjugar de un modo práctico el verbo *vapulare* (con gran contentamiento del marqués de Pidal, que quiere que la *formosa lingua Latii* entre en todo), los aporreados se sien-

ten *cabayeros* y nombran padrinos, dispuestos á volverse á zurrar la badana, probando con esto que es la mejor razón... el sable.

Por este camino la regeneración es un hecho.

★
★

Dreyfus salió de la isla del Diablo, donde estaba encerrado, esperando pacientemente la hora de la Justicia.

Conmueve pensar la emoción con que el preso se vestiría el uniforme de capitán, con todas las insignias y charreteras que tan bárbaramente le habían arrancado, y es más conmovedor aún, pensar en el temblor nervioso que de él se apoderaría al poner el pie en el barquichuelo que había de conducirle á bordo. Y al ponerse en marcha el vapor que le alejaba de la isla maldita, ¡qué sensaciones tan grandes habrá experimentado su pecho!

La página más hermosa de su vida queda escrita en las inmensidades del mar y del cielo, testigos mudos de un goce tan inmenso como ellos.

Dreyfus, sobre cubierta, ha podido entonar el himno más noble y vibrante que puedan escuchar oídos humanos; y si su boca ha permaneci-



Las palomas de la plaza de San Marcos (Venecia).

La Saeta

do muda, con seguridad que desde el fondo de su alma salieron acentos sublimes que sólo Dios ha podido escuchar.

★
★

Zola, el gran Zola, ha vuelto á París, ceñida la cabeza con la corona de los mártires que triunfan, á pesar de sus verdugos.

Su enérgica voz puede dejarse oír de nuevo, y hablará sin el tonto orgullo del necio que triunfa. El insigne novelista ha demostrado y sigue de-

mostrando que es el hombre más serio de su época, y al lado de los botarates que le hacen la guerra, tiene la magnitud de un Dios.

Me felicito de que Zola haya podido volver á París, aunque merece estar en otra parte donde no haya tanta inmundicia.

Y creo que el tren que le ha conducido á la capital francesa ha debido marchar majestuosamente, como si sintiera orgullo de llevar en su interior al mejor sacerdote de la Justicia.

RUILOP



Trovador.



Una modernista.

¡Mira qué graciosa Usted.

Un español —Lo habrá usted visto en el número anterior. Hasta ahora me van gustando todos, aunque no en la misma medida, y es natural. Mis plácemes por el que acabo de recibir, que siento no haya llegado un día antes. Salíó más correcto, más vivo, con más fortuna é intención que otros. ¿Recibe usted el periódico? Se le manda puntualmente. Gracias y sabe que se le aprecia.

El cantor de rota lira. —Algo más atinado que otras veces; pero todavía no triunfa usted de las incorrecciones. Muy diluido el asunto y el final inocente.

Némesis. —También usted parece que empuja con el hombro; pero si se empeñan ustedes en debérselo todo á sí mismos, sin ayuda de estudios, no conseguirán volar á las alturas, sinó ir á paso de carreta. Bien está ser genio; pero al genio más genio, no le caen mal las lecturas discretas y sanas, y la correspondiente gimnasia de la inteligencia. Y hablo así, porque da grima ver como malogran ustedes sus naturales disposiciones.

Q. Ll Ll.—Hombre, bien imitado, pero mal versificado; además á *mesiva* le sobra una *e* y le falta una *i*, y á *hojos*, indudablemente le sobra una *h*. Por lo menos hasta que la Academia acuerde, que la palabra se ponga antiparras como los cortos de vista.

K. NU TO. —Alabo el sentimiento que le ha impulsado á escribir versos dedicados á Castelar: lo que no puedo aplaudir igualmente son las estrofas. Créame usted; el muerto estimará más que le lllore usted, sin que se entere el público.

L. H. —¿Otra elegía? En efecto, fué tribuno eminente y ya lo han dicho en todos los tonos, hasta los malos prosistas y los ramplones copleros. Al pronto, con la *emoción* del trance duro, según dice usted, Castelar no oiría nada, ni se daría cuenta de lo mucho que le fastidiaban sus panegiristas; pero si ahora salimos llamándole

«astro, luz, estrella *refulgente*,
que guiaba á la prole humana
y á la humana gente,
por el laberinto obscuro del mañana,»

no respondo de que el «buen patriota», que hace usted consonar con «pelota» y con «gaviota» no sé por qué, no se levantara de la tumba para maldecirnos, creyendo en la irrupción de los barbaros de la poesía, contra esta «desdichada patria que él amaba tanto», para que el adverbio juegue con su llanto de usted.

Puesto que ya está dormido ¿no cree usted, como yo, que vale la pena de dejarle echar una siestecita?

E. A.—La idea me gusta; pero usted escribe romance octosílabo y hay muchos versos que tienen nueve sílabas, otros siete, y ¡horror! hasta seis. ¡Lástima!

Obscuro. — Muchas gracias, y no necesita usted hacer eso. Los versos que hasta aquí me ha mandado flojísimos, y sobre todo faltos de asunto. Pruebe usted otro género, á ver. Hágalos usted con más gracia, más soltura y más... más vis cómica.

Pigmeo. —No me ha enfadado usted. Si usted quisiera corregirse y enmendarse, puede que hiciera usted algo. Entre otras cosas limpie usted las asonancias si escribe versos consonantes. Por ejemplo ¡si viera usted qué efecto tan desastroso cuando detrás de un remordimiento viene un confieso. Según la doctrina cristiana casan, pero según la poética merecen cuatro tiros esos vocablos.

R. C. T.—¡Atiza!

El mochuelo de mi cuñado,
quiere á mi mujer que es su hermana,
que es una joven muy lozana,
aunque sea mi mujer, cuidado,
y si viene mi cuñado
por uvas, juro que á fe
con un garrote granado
el alma le romperé

¡Atiza, hombre, atiza!

E. A. de la R.—Está usted de desgracia, querido: y cuando una desventura tal no le ha hecho poeta, ya no confíe ni en la influencia de la luna, que la tiene muy grande sobre los locos. No porque usted lo sea, sinó porque pierde lastimosamente el tiempo, se lo digo.

J. F. T.—Sí, señor; sí, me gustan las coles, de manera que si usted se dedica al cultivo de ellas mándeme un buen manojo. Aunque temo que estropeará usted los sembrados, porque ¡atrae tanto lo verde!

J. C.—Usted estudia ¿no? Pues continúe usted estudiando. ¡Está usted tan lejos todavía!

M. de A.—Veremos, veremos.

Tomaseti — «Himno á la juventud.»

«Levántese hasta las piedras
al oír los acordes de nuestras liras.
Brille el relámpago y el trueno retumbe,
desgájense los árboles,
caigan las moles, desátense las nubes,
ábranse las grietas y el mar se desborde...»

¿Y después de todo eso qué papel es el que reserva usted á los jóvenes? ¿El de los animales que se salvaron en el Arca de Noé?

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**SANTAL
MIDY**

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre

MIDY

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



ESPLUGAS

LA SAETA



20 cents.

Núm. 448

